

EL GENERAL "FRACASO"

(Weyler)

Cuando tuvo lugar la súbita e inesperada invasión de las Provincias Occidentales por las triunfadoras huestes de Máximo Gómez y Maceo, a principios del año 96, se consideró, por los españoles incondicionales de La Habana, decretada la política del General Martínez Campos y hubieron de manifestarlo así al Gobierno de Madrid, que resolvió relevarlo inmediatamente. Cuando Cánovas fluctuaba en la elección de sustituto, empezó a bullir y a agitarse y a escribir cartas en los periódicos () en contra de Martínez Campos y de su política blanda, un General fanfarrón, tan pequeño de cuerpo como de alma, que había dejado en Cuba durante la guerra anterior funesta huella de su paso, por su carácter cruel y sanguinario. En él recayó la elección, y Weyler al despedirse de la Reina le aseguró solemnemente que antes de dos años estaría la Isla como una balsa de aceite. Llegó a La Habana; se puso a organizar las fuerzas y pidió al Gobierno recursos en hombres y dinero, que no le faltaron. "Antes de tres meses, dijo, tendré pacificadas las Provincias de Pinar del Río y Habana y habrá zafra". Y ni hubo zafra a derechas, ni las Provincias se pacificaron entonces ni después.

() En El Mercantil Valenciano, Waleriano Weyler se hizo simpático a las pasiones iberas, presentándose como el Coronel que mejor había cumplido las órdenes del feroz General - Valmaseda matando mayor número de cubanos en la guerra de los diez años.

Dueño Maceo de la Provincia de Pinar del Río, creyó Weyler que con una Trocha de Mariel a Majana, que sería inexpugnable e im-
pasable, lo acorralaría y cogería allí como en una trampa. El fra-
caso fué estupendo. La Trocha, en la que se gastaron algunos millo-
nes de pesos, se robaron otros tantos y perdieron la vida muchos
españoles, no sirvió mas que para demostrar la ineptitud de Wey-
ler, pues la pasaban nuestros valientes cada vez que querían y
la pasaron también Banderas y Maceo cuando lo tuvieron por con-
veniente. La versión de que Maceo pasó por mar fué una miserable
patraña inventada por Weyler para encubrir su desacierto. Tras-
currieron los meses del verano y del otoño del 96 y el General
Weyler no salía de la concha del Gobierno General de La Habana.
Recordaba sin duda que una gitana, cuando era cadete, le anun-
ció que moriría de un balazo siendo General y al frente de un
ejército. Instigado por el Gobierno tuvo al fin que salir al -
campo y para que no se cumpliera la profecía de la gitana, lle-
vó consigo un ejército de ocho o diez mil hombres para ir a pa-
cificar la Vuelta Abajo y apresar a Maceo. Aquello fué un paseo
militar, una especie de simulacro en que no hubo mayormente ba-
tallas, porque la táctica de nuestras tropas consiste en dise-
minarse a tiempo y hacer el mayor daño posible al enemigo con
la menor pérdida de hombres y de parque.

Entonces empezó la reconcentración de los pacíficos, es de-
cir, la condenación a muerte por el hambre y las enfermedades,
de las mujeres, los niños, ancianos y desvalidos que no podían
empuñar un fusil; pero entonces fué también cuando se reforzó
más nuestro ejército con los que podían blandir un machete.

Murió gloriosamente Antonio Maceo, cuando menos se esperaba,
del lado oriental de la trocha, sin que en ello tuviese mucha

ni poca parte el General Weyler que se hallaba a muchas leguas de distancia del suceso. Sin embargo, dos días después de ese desagradable acontecimiento hizo el General Weyler su aparatosa entrada en La Habana, ginete en brioso corcel, a manera de vencedor, a recoger los laureles de la victoria. Ese fué el colmo del ridículo y de la farsa. Weyler no ha tenido un solo encuentro personal con el ejército libertador; no ha dirigido una sola batalla, no ha olido siquiera la pólvora y su espada está en el estado de completa virginidad. Numerosas veces ha sido desafiado por nuestros valientes jefes a sitios determinados y no ha aceptado, recordando el cuento de la gitana. Pasaba el tiempo, aumentaba la desconfianza del Gobierno de España y Weyler para sostenerse en el puesto que tenía, tuvo que apelar al engaño y a la falsedad, dando por pacificadas las Provincias de occidente sin que así fuese.

No se recuerda época en que haya estado la prensa bajo una censura más severa que desde que Weyler reina en una tercera parte, cuando más, de la Isla, porque las otras dos terceras están bajo el pabellón de la Estrella Solitaria. En la prensa española todas son victorias, en el papel. Seguirán así los españoles ganando todas las batallas menos la última.

Pero en donde el fracaso de Weyler ha sido más marcado, es en su excursión por Vuelta Arriba en busca del Generalísimo Máximo Gómez: infantería, artillería y caballería, formando unos veinte mil hombres para derrotar a un gefe cuyo paradero se sabía y que sólo contaba proporcionalmente con exiguos elementos de defensa. Todo ha sido inútil. Y allí estaba Máximo Gómez, en la Reforma, esperando el empuje del valiente que sólo tiene bríos para matar pacíficos, mujeres y niños inocentes y destruir siempre, quemar edificios y desvastar el país.

Se ha tachado a los nuestros el haber que quemado caña y algunos edificios y haber empleado la dinamita para descarrilar trenes; esos son recursos de guerra empleados en todos los países y en todas las épocas; pero no así la destrucción realizada y recomendada por Weyler a los jefes de columnas, que ha sido extraordinariamente mayor; pues ha tenido por divisa desbaratar a los cubanos y sus pertenencias y cuanto con ellos se relaciona, es decir: para acabar la guerra, destruir el país. De este modo el paso de las tropas españolas ha inspirado siempre mucho más temor a los pacíficos e indiferentes que el paso de los nuestros. El sistema de guerra de Weyler no es el de los pueblos civilizados, sino el de un pueblo salvaje.

Por esa razón Weyler en lugar de sumar fué restando voluntades y el número de insurrectos ha ido engrosando más, y por eso es hoy tres o cuatro veces mayor que cuando él puso la planta en el país. Las facultades omnímodas de que ha disfrutado le han convertido en un déspota cuyos procedimientos políticos y militares han levantado tempestades de odio contra la tiranía española en Cuba.

Si alguna prueba fehaciente se necesitara para justificar las quejas de los cubanos contra el Gobierno de España se tendría en el General Weyler cuya administración es el tipo del robo y del pillaje. Nunca con más impunidad se ha robado en loterías, aduanas y los diferentes ramos de la administración Militar. Weyler ha llevado su parte en el botín y hoy cuenta en Inglaterra con una fortuna colosal. Eso es en lo único en que no ha fracasado.

La mordaza de la prensa ha servido admirablemente para cubrir tantos desafueros.

Se cumplirán los dos años de plazo dado a la Reina para acabar la guerra, y la guerra estará entonces más pujante que nunca; resultarán fallidas todas sus promesas y defraudadas todas sus esperanzas. El nombre de Weyler pasará a la Historia lleno de execraciones, y mientras unos le llaman el cobarde, otros el ladrón y los mas el sanguinario o el carnicero etc., nosotros creemos que el nombre de que mejor le cuadra es el de "General Fracaso".

(Remitido de La Habana).

POMPEYO

Cuba y América, New York, agosto 1º, 1897.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA